



S. GREGORIO NACIANZENO O.



muniones privadas en tu oratorio; porque no solamente tienes obligacion de ser cristiano, sino de parecerlo.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

SAN GREGORIO, obispo, en Nazianzo, llamado el Teólogo por el singular conocimiento que tenia de las cosas divinas; restableció la fe católica en Constantinopla, en donde estaba bastante decaída, y confundió las herejías que se levantaron en su tiempo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN HERMES, en Roma, de quien hace mencion el apóstol S. Pablo en la carta á los Romanos: sacrificándose á si mismo se hizo hostia agradable á Dios y voló al reino celestial esclarecido en virtudes.

EL TRIUNFO DE TRESIENTOS Y DIEZ SANTOS MÁRTIRES, en Persia.

SAN GERONCIO, obispo de Cervia ó Ficodi, en Cagli en la via Flaminia.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN BEATO, confesor, en Windisch en Suiza.

LA TRASLACION DE SAN ANDRÉS, apóstol, y DE SAN LUCAS, evangelista, en Constantinopla, cuyos cuerpos fueron trasladados á esta ciudad desde Acaya, y el de S. Timoteo, discipulo del apóstol S. Pablo, desde Efeso: el cuerpo de S. Andrés despues de largo tiempo lo trasladaron á Melfes, en donde es venerado con suma devocion; de su sepulcro mana continuamente un licor que sirve para curar las enfermedades.

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SAN JERÓNIMO, presbitero y doctor de la Iglesia, tambien en Roma, desde Belleem de Judá á la iglesia de Santa Maria la Mayor.

LA TRASLACION DE SAN NICOLAS, obispo, en Bari en la Pulla (á cuya ciudad fué trasladado en 1087) desde Mira, ciudad de Licia.

SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO.

SAN Gregorio, por sobrenombre *el Teólogo*, una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia griega, fué hijo de un padre y de una madre santos, hermano de Sta. Gorgonia y de S. Cesareo, y nació en Arianzo, pueblo pequeño en el territorio de Nazianzo, en la provincia de Capadocia. Su padre, que tambien se llamaba Gregorio, habia sido gentil; pero la virtud, las lágrimas y las exhortaciones de su mujer Sta. Nona le convirtieron á la fe de Cristo tan de veras, que habiendo sido bautizado por S. Leoncio, obispo de Cesarea, mereció con el tiempo ser elevado á la dignidad episcopal; y despues de su muerte ser contado en el número de los santos.

El niño Gregorio fué fruto de las oraciones de Sta. Nona, que

pidió á Dios un hijo con instancia , únicamente para consagrarle á los altares ; y así le recibió como un presente que le hacia el cielo para ser mera depositaria de él. Fué correspondiente á esta idea la educacion que le dió. Parecia haber nacido Gregorio solamente para la virtud ; todos los entretenimientos de su niñez se reducian á ejercicios de devocion ; su mayor diversion era retirarse á orar ; y el tierno amor que casi desde la cuna profesó á la santísima Virgen podia parecer presagio del que por toda su vida conservó á la virginidad y á la pureza.

El mismo refiere que siendo niño se le representaron en sueños dos hermosísimas y modestísimas doncellas , y le dijeron que se llamaban la *Castidad* y la *Templanza* ; añadiendo que continuamente asistian al trono de Jesucristo , siendo las dos el principal ornamento de todos los que componian su corte ; y diciendo esto desaparecieron. Despertó Gregorio , y desde entonces quedó tan enamorado de la castidad , que jamás admitió cosa que pudiese manchar ni aun levemente esta preciosa virtud.

Al paso que se le iba despejando la razon , iba tambien creciendo en la piedad , haciéndole tanta impresion los buenos ejemplos que veia dentro de su casa , que en nada encontraba gusto sino en la oracion y en la leccion de libros espirituales.

Advirtiendo sus padres la vivacidad , la penetracion , y aun la brillantez de su ingenio , con una admirable disposicion para el estudio de las letras humanas , le enviaron á estudiar primero á Cesarea de Capadocia , y despues á Palestina , sobresaliendo en todas partes por la superioridad de sus talentos , y dejándose admirar por su singular virtud.

Era entonces muy célebre la universidad de Atenas , donde florecian todas las artes y ciencias. Pasó á ella nuestro Gregorio , padeciendo en la navegacion una furiosa tempestad , que le hizo mirar ya con grande tedio aquella gloria poco sólida á que podia aspirar , y que podia prometerse de su rara elocuencia y de su singular sabiduria. Concurrió al mismo tiempo en aquella famosa escuela S. Basilio , y desde entonces contrajeron los dos santos una estrecha amistad , que conservaron toda la vida , distinguiéndose ambos entre todos por su ingenio y por la gravedad de sus costumbres , que se hacia reparar mas en medio de la disolucion que reinaba en la ciudad. Hallábase á la sazón estudiando en la misma universidad Juliano apóstata , primo del emperador Constancio , y movido de lo mucho que oía hablar de los santos , tuvo con ellos algunas conversaciones. Solicitó la amistad de entrambos ; pero no pudo engañar su religion ni su penetracion : por mas que procuró disimular las perniciosas máxi-

mas en que ya estaba imbuido , descubrió S. Gregorio el desorden de aquel corazon y de aquel entendimiento por la descompostura de sus acciones ; y al despedirse de él en cierto dia , exclamó : *¡Qué monstruo abrigo en su seno el imperio romano!*

Habiéndose retirado de Atenas S. Basilio , no pudo Gregorio detenerse en ella largo tiempo ; y así , al cabo de un año se retiró tambien á pesar de las instancias que hicieron para detenerle los que tanto le amaban y estimaban. Llegando á Nazianzo , recibió el bautismo de mano de su padre , que ya era obispo de aquella ciudad. Sintióse alumbrado con el sacramento de nueva luz , á cuyo favor distinguió la falsa brillantez del mundo , de la verdadera y sólida gloria que solo comunica la virtud , y resolvió dirigir todos sus fines hácia el cielo.

Todo lo di , dice el Santo , *á aquel de quien todo lo recibí , y me ha recibido á mí ; conságrale mis bienes , mi salud y el talento para predicar que se sirvió concederme. La única utilidad que he pretendido sacar de estos beneficios , es poderle hacer un eterno sacrificio de ellos , y tener algo con que acreditar que para mí todo es nada respecto de Jesucristo , quien de aquí adelante me servirá de todo.*

Al disgusto del mundo se siguió el deseo de la soledad ; y á ejemplo de su grande amigo S. Basilio , que ya se habia retirado al Ponto , le hubiera desde luego llevado á ella á no haberle detenido en Nazianzo la mucha ancianidad de sus padres. Pero el ruido y el tumulto de los cuidados domésticos le obligaron presto á arrepentirse de su condescendencia ; y acusándose á sí mismo de haber dado demasiados oídos á las voces de la carne y sangre , rompió los lazos que le detenian , y se escapó á la soledad del Ponto , volviéndose á juntar con su amigo Basilio en el mismo desierto que éste habia escogido para sí , y fué despues comun para los dos.

Ningun anacoreta los escedió en la velocidad con que corrian por el camino de la perfeccion ; su fervor no reconocia limites ; la penitencia de entrambos llegó á tocar la raya de escesiva. Al rigor de los ayunos , de los cilicios , de los rалlos , de los sacos ó capotillos de cerda , y de otras cien invenciones para macerar la carne , tardaron poco en convertirse de dos hombres en dos esqueletos. A las vigiliás , á la oracion y al estudio de la sagrada Escritura se seguia inmediatamente el trabajo corporal , y al trabajo corporal volvía á seguirse la oracion. Fomentábase la virtud de los dos con sus reciprocos ejemplos , cuando un accidente no pensado turbó la dulce quietud de su retiro.

Engañado el santo viejo obispo de Nazianzo por la artificiosa

sagacidad de los arrianos, firmó, como lo hicieron otros prelados, el capcioso formulario del conciliábulo de Rímíni, que en términos equívocos contenía los puros dogmas del arrianismo. Noticiosos de esto los monges de Nazianzo, no quisieron comunicar con su obispo; y todos los católicos siguieron el ejemplo de los monges. En medio del grande amor que nuestro Gregorio tenía á la soledad, apenas llegó á su noticia esta division cuando voló á remediarla. Descubrió luego al buen viejo el lazo que le habian armado los herejes, y volviendo á unir al pastor con las ovejas, tuvo el consuelo de verle abjurar un error en que habia caído puramente por engaño.

Aprovechóse su padre de la estancia que en esta ocasion hizo Gregorio en Nazianzo; y considerando el gran bien que se seguia á la Iglesia si un sugeto de aquel mérito y de aquella virtud fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, resolvió conferirle los sagrados órdenes. Sobresaltóse el Santo al oír esta proposicion, estremeciéndole la consideracion de un estado tan sublime; pero hubo de rendirse á vista de una vocacion tan descubierta. Ordenóse de presbítero el dia 6 de enero del año de 362; y creciendo el fervor con el nuevo carácter, tirándole siempre el amor á la soledad, se volvió á huir secretamente al Ponto, y fué en derechura á buscar á su amado Basilio. Pero duró poco esta segunda retirada; porque la estremada ancianidad de su padre, que pasaba ya de noventa años; las necesidades de la iglesia de Nazianzo, que clamaba por él, y los consejos de su santo amigo Basilio, le obligaron á restituirse á la ciudad despues de dos meses y medio de ausencia. Dióse á conocer á los fieles el dia de Pascua por el primer sermón que predicó en él. Apenas han alcanzado las edades predicador mas poderoso en obras y en palabras que nuestro Santo. Predicó con tanta energia, con tanta mocion y con tanto fruto, que desde entonces fué reconocido y apellidado el apóstol de Nazianzo.

Ni se limitó su zelo solo á la predicacion. Perseguia ya entonces furiosamente Juliano apóstata á la Iglesia, y habia prohibido á los cristianos que enseñasen letras humanas, para precisar por este medio á la juventud á no estudiarlas, ni poder oír para aprenderlas á otros maestros que á los gentiles. Pero Gregorio supo hacer ilusorio este artificio, componiendo un gran número de poesías piadosas, que compensaron con gran ventaja á los cristianos de las escuelas que les habian prohibido.

Por éste tiempo, hallándose ya S. Basilio arzobispo de Cesarea, y conociendo mejor que otro alguno el extraordinario mérito de nuestro Santo, resolvió elevarle á la dignidad episcopal á

pesar de su invencible repugnancia. Fué consagrado en Cesarea por el mismo S. Basilio el año de 372, destinándole para la iglesia de Sasimo, pero nunca tomó posesion de ella; y como el obispo de Nazianzo no pudiese ya atender á las funciones de su ministerio por su grande ancianidad, pidió á Gregorio para que cuidase su iglesia. Hizolo con aquella actividad que se debia esperar de su zelo, logrando por fruto de él la reformation general de las costumbres; tanto, que en menos de seis meses mudó de semblante toda la ciudad.

Habiendo muerto su padre y su madre Sta. Nona, cuya oracion fúnebre predicó el mismo Gregorio en presencia de S. Basilio y de todo el clero, se le volvieron á renovar las ansias por su amada soledad. Pero no pudiendo negarse á las necesidades de aquella afligida iglesia, tomó el cuidado de ella, protestando él mismo que lo hacia, no como obispo titular, sino como vicario y forastero, hasta que tuviese legitimo pastor. Con efecto, como vió que los obispos de la provincia se daban poca priesa á proveer de prelado á aquella iglesia, desapareció de repente, y se retiró á Seleucia en Isauria, donde se encerró en el monasterio de Sta. Tecla, y vivió seis años en él desconocido, ocupándose únicamente en ejercicios de oracion y de penitencia.

Murió S. Basilio el año de 379, y esta muerte le confirmó en la resolucion que habia tomado de no salir jamás de su retiro; pero pocos meses despues le arrancó de él la necesidad de socorrer á la iglesia de Constantinopla, tan desolada por los arrianos, que ya no tenian los católicos iglesia alguna en aquella corte imperial. Hallábase vacante aquella primera silla, y todos convenian en que solamente Gregorio era digno de ocuparla. Pero la dificultad era hallar modo para sacarle de su amada soledad, donde así las calumnias como las persecuciones que habia padecido le hacian dulcísima aquella vida particular, santa y tranquila. En fin, supieron pintarle con tanta viveza el lamentable estado á que se hallaban reducidos los pobres católicos, y disimularle con tanto cuidado el ánimo que tenian de colocarle en aquella grande silla, que al cabo se determinó á hacer el doloroso sacrificio de su quietud; y aunque agobiado con la vejez, consumido con la penitencia, y lleno de penosos achaques, pasó á Constantinopla.

Era sin duda espectáculo bien nuevo, dice nuestro Santo, ver á un hombre desconocido, de mala figura, pequeño de cuerpo, calvo, arrugado, consumido con las lágrimas y con la penitencia; sin equipaje, sin policia, sin apoyo, pobre y mal vestido, venir solo él á declarar la guerra á la herejía en la capital del

Oriente, donde reinaba con insolencia y con seguridad, y donde se habia hecho fuerte por la union de todas las sectas.

Apenas entró S. Gregorio en Constantinopla, cuando todos los herejes se sobresaltaron. Armáronse contra él los arrianos, los novacianos, los macedonios, los apolinaristas y los eunomianos conspirando todos en perderle. Valiéronse al principio de injurias, calumnias, sátiras denigrativas y malignas con que procuraron manchar su reputacion. Amotinaron al pueblo, especialmente á las mujeres y á las doncellas contra aquel hombre extranjero, persuadiéndolas que era un monstruo disimulado, estragador de las costumbres, mago y aun idólatra; citáronle delante de los tribunales seculares, y no pocas veces en las mismas calles le perseguían á pedradas. Nuestro Santo á todo esto no oponia mas que la paciencia, la modestia y la dulzura. Como los arrianos estaban en posesion de todas las iglesias de Constantinopla, Gregorio juntaba los católicos en la casa donde se hospedaba, la cual se llamó despues *Anastasia*, que quiere decir *resurreccion de la fe*, y fué con el tiempo una de las mas célebres iglesias de aquella corte imperial.

Al fin, su heróico sufrimiento y sus modales atentos, suaves y apacibles fueron ablandando poco á poco los ánimos de los herejes. Concurrían á oírle hasta los mismos gentiles, al principio por curiosidad, y despues con tanta complacencia, que volvían á sus casas medio católicos. Por eso el célebre Rufino, hablando de nuestro Santo, dice que no vió el mundo hombre mas elocuente, ni elocuencia mas noble, mas sustancial ni mas enérgica que la suya, habiéndose reconocido siempre su doctrina tan pura, que lo mismo era oponerse á ella, que hácerse sospechoso en la fe.

Al eco de lo que esparcía la fama concurrieron á Constantinopla por verle y por tratarle muchas personas de distincion de diferentes provincias, siendo una de ellas S. Jerónimo, que no quedó menos admirado de su eminente virtud y de su rara modestia, que de su elocuencia y profunda erudicion.

Mientras tanto iba creciendo cada dia el número de los católicos; porque en las disputas, conversaciones y conferencias con los arrianos cada dia adelantaba nuevas conquistas. A vista de tantas maravillas resolvió el patriarca de Alejandria con los demás obispos colocar en la silla de Constantinopla á nuestro Santo; hizose, á pesar de su repugnancia, con general aplauso del clero y de todo el pueblo; pero la turbó presto la artificiosa ambicion del mas insigne embustero que acaso ha visto el mundo.

Cierto hombre, llamado Máximo, por sobrenombre el Cínico, habilísimo en el arte de fingir y de engañar, despues de haber vagueado por diferentes provincias, dejando en todas ellas grandes rastros de sus delitos, por los cuales habia sido castigado, vino finalmente á hacerse discípulo de nuestro Santo, y en poco tiempo supo ganar su estimacion y confianza con sus artificios y con su profunda simulacion. Este mal hombre forjó el proyecto de suplantar á Gregorio; y habiendo tenido arte para conseguir una gran suma de dinero que le prestaban, sobornó con él á muchos de los mismos que al principio habian mostrado mas inclinacion y mas zelo por nuestro Santo. Logró corromper hasta al mismo patriarca de Alejandria, el cual, con una gavilla de obispos de Egipto ya conjurados, esperó la coyuntura de cierta enfermedad de Gregorio para ordenar furtivamente á Máximo. Amotinóse toda la ciudad al ruido de este atentado; y Gregorio, penetrado de un vivo dolor, pero anteviendo lo que podia suceder, resolvió á los principios retirarse, por no ser ocasion de nuevas turbaciones á una iglesia que con tanta felicidad habia restituido á su antiguo esplendor y quietud. Subió al púlpito en medio de su indisposicion para despedirse de su pueblo; pero éste levantó hasta el cielo un clamoroso alarido, y pidiéndole con ruegos y con lágrimas que no le desamparase, tuvo no poco trabajo en reducirle; y para que no se huyese le puso guardas de vista.

Arrojado de Constantinopla, como merecia, el embustero cínico, y cargado con la maldicion de todos, tuvo no obstante el descaro de irse á echar á los pies del emperador Teodosio, acompañándole aquel puñado de obispos egipcios que le habían ordenado. Hallábase el emperador en Tesalónica: pidióle Máximo su proteccion contra Gregorio; pero el religioso príncipe no se dignó ni aun de escucharle; y vuelto á Constantinopla, no reconoció á otro legítimo pastor que á nuestro Santo, honrándole con todas las muestras de su estimacion y de su benevolencia. Púsole en posesion de todas las iglesias que habian ocupado los arrianos; mandó se le restituyesen las rentas que habian usurpado estos herejes, y le hizo dueño del palacio episcopal. Instaron al Santo para que hiciese pesquisas á fin de descubrir los bienes que le habian ocultado; pero no fué posible vencerle: desinteres generoso que cerró la boca á sus émulos, y edificó á toda la Iglesia. Pero ni esta moderacion fué bastante para que mas de una vez no conspirasen contra su vida; mas su presencia desarmó á los asesinos, y no solamente los perdonó, sino que los convirtió; siendo esta la única venganza que tomó de su insolencia.

No se dió por vencido el partido de Máximo; y como no cesase de inquietar y de perturbar á la Iglesia, consintió el emperador en que se convocase en Constantinopla un concilio, que fué el segundo general, compuesto de ciento cincuenta obispos. Confirmóse en él la fe del concilio Niceno; Máximo fué declarado por intruso, y el concilio con el emperador reconocieron solemnemente á Gregorio por obispo de Constantinopla; en virtud de esto fué segunda vez colocado en su silla con la mayor aclamacion del pueblo por S. Melecio de Antioquia, presidente del concilio. Por mas que el Santo representó mil razones, valiéndose de ruegos y de lágrimas para que le exonerasen de aquella pesada carga, no fué oido; porque tuvo mas atencion á las necesidades de aquella iglesia y á los clamores de los buenos, que á las voces de su estrema repugnancia.

Muerto poco tiempo despues S. Melecio, quedó Gregorio por presidente del concilio. Esta nueva preeminencia, que no se le podia disputar, renovó la emulacion de muchos prelados, que afectando ignorar lo que no ignoraban, esto es, que no habia tomado posesion del obispado de Sasimo, y que solo habia cuidado del de Nazianzo como gobernador, y no como obispo titular, se quejaron de que se le hubiese hecho patriarca de Constantinopla contra la disposicion de los cánones, puesto que ya era obispo de otra iglesia. Era fácil probar lo contrario; pero como el Santo únicamente suspiraba por el retiro, siendo enemigo de todas las grandezas, tomó ocasion de estas contestaciones para pedir se le permitiese hacer dimision de la suya. Entró, pues, en el concilio, y declaró el ansia con que deseaba contribuir á la paz, y que pues su eleccion parece que la turbaba, estaba pronto como otro Jonás á que le arrojasen en la mar para sosegar la tempestad, aunque no la habia escitado. Quedaron atónitos los padres al oír una proposicion tan no esperada; pero el Santo habló en favor de su dimision con tanta elocuencia, y supo persuadirla tan eficazmente, que al fin consiguió lo que pretendia. Gozosísimo de verse exonerado de tan pesada carga, salió de la sesion, y antes de dar tiempo á que los obispos se arrepintiesen, se fué derecho al palacio del emperador, y esponiéndole su avanzada edad y sus achaques, le suplicó con el mas vivo rendimiento que se dignase no oponerse á su retiro. Tuvo mucho que vencerse el emperador para dar su consentimiento; pero al fin le dió únicamente en atencion á sus achaques. No perdió tiempo Gregorio; despidióse del concilio por un admirable discurso que pronunció en la catedral á presencia de los padres; los cuales, arrepentidos ya de su

consentimiento, pensaban retractarle; pero el Santo los previno, y sin detenerse salió de Constantinopla, y se retiró á Capadocia.

Estando en Nazianzo, publicó su testamento, que habia dispuesto en Constantinopla antes de hacer la dimision; era su data el dia último de diciembre del año de 381, y estaba firmado de siete obispos; siendo este el instrumento mas antiguo, ó á lo menos el mas auténtico de esta especie que nos dejó la antigüedad. El principal legado es en favor de los pobres de Nazianzo, á quienes deja por sus herederos, y nombra á uno de sus diáconos por su testamentario. Suplica á sus sobrinos y á los demás parientes suyos no tengan á mal que deje sus bienes á los pobres; *porque un eclesiástico, dice, no debe tener otros herederos.*

Ni en su fervor ni en su zelo se reconoció jamás la fuerza de los achaques. En la corta mansion que hizo en Nazianzo purgó la ciudad de los errores de los apolinaristas, y habiéndosele aumentado los ajes, se trasladó á Arianzo, lugar de su nacimiento. En esta dulce soledad, retirado del ruido de los negocios, y libre de las tempestades que por toda la vida le habian agitado, atendia únicamente á perfeccionarse mas y mas, entregado totalmente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Y aunque agobiado con la vejez, estenuado con los ayunos y consumido con los trabajos, permitió Dios, para su mayor purificacion, que al fin de su vida fuese ejercitado con violentas tentaciones, las cuales, al mismo tiempo que le humillaban y le hacian gemir continuamente, le obligaban á doblar la oracion y las penitencias.

No estuvo ocioso en su retiro de Arianzo. En él compuso aquel gran número de poesias cristianas, que publicó para oponerlas á las obras cultas, elocuentes y engañosas, de que llenaban el mundo los herejes, logrando por este medio que los fieles arri-masen á un lado los libros perniciosos. Tambien escribió entonces en verso la historia de su vida, concluyéndola con un compendio de los principales sucesos de ella; y quiere que este epílogo le sirva de epitafio.

«De donde nace, Señor (esclama el Santo) que al paso que el vigor del cuerpo se va estinguendo, siento que se va avivando el fuego de las pasiones y los estímulos de la carne? Mi vida se ha reducido á una continua serie de tempestades, de contradicciones y de combates; pero en todos me sostuvisteis vos por vuestra gran misericordia. Logré por padre á un hombre todo de Dios, y tuve por madre á una mujer santa, que mirándome como fruto

de sus oraciones, me ofreció y me consagró á vos desde la cuna. Siendo niño me inspirasteis en un sueño el amor á la castidad; y desde entonces no cesasteis de colmarme de favores. Hiceos sacrificio de mis bienes, de mi honra, de mi salud y de mi vida. Fui pastor sin ovejas, y no tuve poco que padecer aun de los mismos pastores. Esta ha sido la vida de Gregorio. Dejo á Jesucristo el cuidado de lo futuro como lo ha tenido de lo pasado. Y concluye así: *Exprimat ista lapis*: Grábase esto por epitafio sobre la piedra de mi sepultura.»

Comenzaba Gregorio á gustar las delicias de la soledad, cuando quiso el Señor coronar su perseverancia, y premiar sus trabajos. Acabó dichosamente sus días siendo de edad de casi ochenta años, que vivió en inocencia, en sufrimiento, en piedad, y en ejercicios de rigurosa penitencia. Los milagros que hizo en vida, y los que continuó el Señor en su sepultura despues de muerto, hicieron célebre su culto en todo el Oriente. Fué enterrado al principio en Nazianzo, despues fué trasladado su cuerpo á Constantinopla en tiempo del emperador Porfirogénetes, y colocado con gran solemnidad en la iglesia de los doce apóstoles. En la decadencia del imperio griego fué conducido á Roma el santo cuerpo, donde estuvo en la iglesia de las religiosas griegas hasta el año de 1580, en que el papa Gregorio XIII trasladó por sí mismo sus reliquias con gran pompa y solemnidad á la magnífica capilla que en honra del Santo habia hecho edificar á sus espensas.

SAN GREGORIO, OBISPO DE OSTIA.

AGRADECID A España, y con especialidad la provincia de Rioja y el reino de Navarra, de los grandes beneficios que recibió del Señor por la mediacion de S. Gregorio, obispo de Ostia, decoroso ornamento del orden de S. Benito, uno de los prelados mas dignos que han florecido en la Iglesia, celebra su memoria desde que falleció en nuestra península, donde se conservan sus reliquias. No nos consta de la patria, de los padres, ni de la primera educacion de Gregorio; pero por los méritos que le hicieron acreedor de los altos empleos á que fué elevado, se infiere la justificacion en que pasó los primeros años de su vida. Abrazó en lo mas florido de sus años el instituto de S. Benito en el monasterio de S. Cosme y S. Damian de la capital de Roma; y en vista del fervor y de la perfeccion con que se portó en el noviciado, se persuadieron los monges, que con el tiempo seria Gregorio uno de aquellos hombres eminentes, que

dieron tanto honor á la religion benedictina. No tardó en verificarse el vaticinio, pues los rápidos progresos que hizo así en la virtud como en las ciencias, le merecieron el concepto de santo y de docto no solo en el claustro, sino fuera de él, siendo el objeto de la veneracion de los romanos. Murió el abad de san Cosme y S. Damian, y todos los monges pusieron los ojos en Gregorio para que ocupase aquel empleo, bajo el seguro de las considerables ventajas que se prometia aquella ilustre casa, con tener á la frente un superior de tan conocidos méritos. En vano solicitó escusarse por cuantos medios le sugirió su humildad, porque constando á los monges que en él concurrían todas las cualidades que pudieran apetecerse para el gobierno, insistieron en la eleccion á pesar de su humilde repugnancia.

La nueva dignidad solo sirvió para que mas brillase la virtud de Gregorio, y para que se manifestasen desde luego aquellos talentos extraordinarios de que se hallaba dotado: en efecto, gobernó su comunidad con tanto zelo, con tanta prudencia y con tanta suavidad, que á la reputacion del ilustre abad se siguió la del monasterio, en el que resució la disciplina monástica en el fervor primitivo con sus sabias exhortaciones y con sus edificantes ejemplos. Hiciéronse en Roma públicas las eminentes virtudes del Santo, y queriendo el papa Juan XVIII condecorar á una persona de tanto mérito, le consagró obispo de Ostia, y dió el capelo de cardenal en el año primero de su pontificado; fiando además á su cuidado el empleo de bibliotecario apostólico, que sirvió en tiempo de cuatro sucesivos papas, manifestando en él y en todos los negocios mas arduos de la Iglesia su grande sabiduria y su vigilancia pastoral.

Cuando así brillaba en Roma el ilustre cardenal, ocurrió en España una plaga tan crecida de langosta, que asoló las provincias de Navarra y de la Rioja, y destituidos los naturales de todo socorro humano, recurrieron al sumo pontífice, para que les suministrase algun alivio en una constitucion tan deplorable. Dispuso su Santidad que se hiciesen en Roma públicas rogativas con ayuno general, á fin de alcanzar de Dios el remedio de aquella calamidad; y al tercero dia de sus reverentes súplicas, reveló un ángel al papa que cesaria la plaga si enviaba á España á Gregorio, por cuya intercesion conseguirian los afligidos el consuelo que deseaban.

No dudó el papa de la divina promesa, teniendo tan conocida la eminente santidad de Gregorio; á quien envió inmediatamente en clase de su legado apostólico, para que providenciase con su gran prudencia todos aquellos medios que estimase condu-